

INSERCIÓN

ACTA DE INSTALACION DE LA "SOCIEDAD MEDICA".

En Quito, á 18 de setiembre de 1892, con motivo de invitación previa, se reunieron en uno de los salones de la Universidad, con el objeto de organizar una asociación médica, los Sres. Dres. que firman esta acta de instalación de la expresada sociedad de estudios médicos.

Abierta la Junta con una breve alocución dirigida por el Sr. Dr. Carlos R. Tobar, Rector de la Universidad, el Secretario *infrascrito* leyó una disertación acerca de los motivos y el objeto de la Sociedad Médica. Se procedió en seguida á la elección de Presidente interino, obteniendo la unanimidad de votos el mismo Sr. Dr. Tobar, quien, al posesionarse de la presidencia, expresó que aceptaba interinamente dicho cargo para manifestar que no rehuye jamás trabajo alguno; pero que, alejado de su profesión por un sinnúmero de ocupaciones distintas de élla casi desde el día mismo en que obtuvo el grado de Doctor, no se creía con título suficiente para presidir en una reunión de hombres doctos y experimentados, y lo haría tan sólo por el amor que él profesa á la ciencia que fue la ocupación de los mejores años de su existencia.

A continuación se procedió á la elección de Secretario, y fue electo el que suscribe.

Para Vicepresidente obtuvieron votos el Sr. Dr. Mariano Bustamante uno, el Sr. Dr. Ezequiel Muñoz otro y todos los demás el Sr. Dr. Nicolás A. Espinosa, quien quedó elegido por la mayoría.

Recogidos los votos para Tesorero, obtuvo todos el Sr. Dr. Mariano Bustamante, excepto el de dicho Sr., que fue por el Sr. Dr. Julio Vizcaino.

Por unanimidad fue nombrado Prosecretario el Sr. Dr. Jenaro Ribadeneira.

Para la comisión que había de formar los estatutos la presidencia nombró á los Sres. Dres. Miguel Egas, Rafael Barahona, Ezequiel Muñoz y Mariano Bustamante, además de los Sres. Presidente, Vicepresidente, Secretario, Prosecretario y Tesorero.

El Sr. Dr. Julio Vizcaino hizo algunas indicaciones para que se tomen en cuenta en la formación del reglamento respectivo; y, como no hubiese otro asunto, terminó la Junta, cuya acta firman los concurrentes.

Carlos R. Tobar, Miguel Egas, Teodoro Donoso, N. A. Espinosa, R. Barahona, Ezequiel Muñoz, Delfín Zambrano, Rafael A. Silva, Jenaro Ribadeneira G., Juan José Egüez, Julio T. Paredes, Miguel Y. Román, Rafael Villavicencio, Miguel Abelardo Egas, Manuel M^a Bueno, Roberto Sierra, Manuel Baca M., Eliecer Chiriboga, Rafael Serrano, Julio A. Vizcaino, Carlos Román, Manuel Jijón Bello, Carlos Eloy Gangotena, Julio César Paredes, Luis Vivanco, Fco. Antonio Miño, Manuel M^a Almeida, Juan José Paz y Miño y Narváez, Leonardo V. Estupiñán, Dositeo Batallas, Manuel M^a Peña, Benjamín Robalino, José M^a Frco. Corral, Mariano Bustamante.

El Secretario,

Guillermo Espinosa.

DISCURSO

QUE EL SR. DR. GUILLERMO ESPINOSA, LEYÓ EN EL ACTO
DE INSTALACIÓN DE LA "SOCIEDAD MÉDICA".

SR. RECTOR, SR. DECANO

SEÑORES:

La necesidad de asociarse y el espíritu de unión, han venido á ser como elementos indispensables de vida en la época que atravesamos, cualquiera que fuera el objeto á que las asociaciones se destinaren. Y si observamos con alguna detención, echaremos de ver que el bienestar común, la tendencia, el adelantamiento y progresiva perfección, son poderosísimos estímulos para impeler á los asociados á buscar en el común trabajo, el auxiliar, la fuerza y la perfección que al propio faltan. Siendo esto así, me permitiré preguntaros ¿hemos de ser nosotros la excepción de la regla? ¿querremos especializarnos, apartándonos del común sentir de la humanidad y buscar en el aislamiento lo que todos han perseguido en la asociación? Este reproche he oído repetir en varias ocasiones; pero si en muchas de ellas con justicia se lo ha dirigido, en otras no ha tenido razón de ser. Vuestra presencia en este lugar, es el mejor testimonio de mis aseveraciones, y esa misma presencia, que podría hacerme vacilar, si sólo parara mientes en mi falta de merecimientos y de títulos para dirigiros la palabra, me alienta por otra parte, porque reconozco en todos y en cada uno de vosotros un elemento de prosperidad y adelanto, un estímulo para la ciencia, un portaestandarte de nuestro progreso científico, para decirlo de una vez, un patrón para cortar sabios médicos é ilustrados profesores. Ninguna sociedad, como la médica, se ve obligada á entablar las más estrechas relaciones entre sus asociados; la diversidad de afecciones y causas que las producen, así como su tratamiento, encuéntranse íntimamente ligadas y encadenadas las unas con las otras; necesitando el auxilio y cooperación de individuos que persiguiendo el mismo fin, vayan con sus conocimientos reuniendo y aglomerando en unidades lo que tan disperso y vago se presenta á primera vista.

Y como este trabajo requiere por parte de los que lo emprenden, consagración y firmeza inquebrantables, laboriosidad y observación continuas, meditación constante y sostenida, sin dificultad se comprende que nuestra obra nunca estará coronada porque la última palabra ni el *desideratum* de la ciencia, ha llegado á establecer como ley, lo que para corazones mezquinos sería una desesperación y estímulo para almas nobles: el "NON PLUS ULTRA". Y si la persecución por alcanzar esta ley

es todavía una ilusión en países que puede decirse han llegado al pináculo de su gloria ¿qué pensaremos nosotros que nada hemos hecho de trabajos personales y ni hemos dado siquiera el primer paso para conseguirlo? Será la falta de unión ó el espíritu encojido, nuestro característico modo de sér, lo que hasta la presente han impedido el progreso regular de algunas asociaciones que se han fundado al efecto?

Difícil será dar con la verdadera causa, pero sí, creo que en algo contribuya la observación siguiente:

Nada más difícil de realizar que aquello para lo que se necesita de la voluntad ó cooperación de otra persona; y como lo dependiente de voluntad ajena, trae de suyo la desconfianza de conseguirlo: de aquí, que aquello que necesita de la cooperación de varios, tenga por resultado el abandono de lo que se principia, ora por la confianza de que hagan los demás lo que uno está obligado á hacer personalmente, ora por el temor de que nadie lleve á cabo lo proyectado; de uno ú otro modo el resultado siempre es el mismo "EL STATU QUO". No de otra manera me explico el porque han dado al traste nuestros mejores proyectos, y nuestras más risueñas esperanzas.

Felizmente á esta falta de carácter, vamos á oponerle muy eficaz remedio, la constancia; y para esto consideremos que quien se dedica á la medicina requiere para practicarla, constante estudio y observación; y como hasta aquí que yo sepa, nadie de nosotros ha dado á conocer el fruto de sus meditaciones, nos encontramos con un cúmulo de conocimientos individuales, sin duda alguna interesantes y sin poder formar ni siquiera un cuadro sinóptico de las enfermedades dominantes del lugar. Decídme sinó, quien no recuerda al ilustradísimo profesor Dr. D. José Manuel Espinosa cuyos conocimientos profundos, superaron á los de todos sus comprofesores de aquella época y cuya fama ha venido trasmitiéndose hasta nosotros, para legarnos un modelo y tipo de ilustrado médico y profesor? ¿Cuáles son las obras que nos ha dejado? Donde están los frutos de su meditación, de sus observaciones, de su infatigable estudio, de su profundo saber?

Los trabajos que emprendamos desde ahora, serán Señores, nueva luz, que alumbrando horizontes desconocidos, hagan descubrir veneros de riqueza inagotable, para aquellos que en lo venidero consagrados al estudio perfeccionen sus conocimientos en pro de nuestros conciudadanos. Y como esta labor no es obra de uno, dos ó cuatro meses sino del lapso de tiempo de largos años, no importa que nosotros no cosechemos el fruto de nuestro trabajo, si sabemos que los médicos de la venidera generación, cosecharán, las mieses por nosotros sembradas, quedando para ellos el provecho, pero para los fundadores la gloria de haber comenzado tan importante obra. El heroísmo tiene por distintivo el no ser común y en casos como el que nos ocupa, el

luchar denodadamente contra la rutina enervante, que impide hacer cualquier sacrificio, por necesario que se presente para conseguir un fin noble y elevado; y sino no nos sentimos capaces de ser héroes sacrificando la rutina, mostrémonos siquiera civilizados, procurando á los que tras nosotros vienen, estímulos de estudio, abriéndoles el camino que les llevará á la gloria de ser hombres verdaderamente útiles á la Sociedad y por lo mismo ornato y orgullo de la Patria.

Convencidos como estamos de que la medicina tiene por base el ser cosmopolita, aceptamos entre nosotros, casi en la generalidad, los trabajos que nos vienen de Francia, ya por ser un idioma más conocido entre nosotros, ya talvez porque las relaciones de nuestro comercio son más comunes con ese lugar, ya por último porque en París perfeccionan ó empiezan algunos de nuestros jóvenes sus estudios médicos; de todos modos la medicina francesa es la más generalmente aceptada entre nosotros. Pues bien, esta medicina formada en un lugar distinto del nuestro ¿no tendrá alguna variación entre nosotros? Conocemos si son exactamente iguales, las condiciones de una enfermedad cualquiera, la fiebre tifoidea por ejemplo? Y aun cuando so haya notado alguna diferencia, quién es el que ha entrado en ese análisis y ha sorprendido sus causas, para que en la enfermedad que existe allá como aquí, haya descubierto la razón de sus efectos? Y si tan variado y complejo es su tratamiento en todas partes y según la persona que lo padece ¿quién hasta aquí ha dado á conocer los remedios más eficaces, más comunes y fáciles para tratar con éxito una de las enfermedades más terribles? Acaso no es común entre nosotros este mal?

Y esta variación de medicaciones es tan diferente en países poco separados entre sí, pero íntimamente unidos por las vías de comunicación, que el profesor Trousseau se expresa en estos términos al hablar de la medicina de Graves. “Es cierto que para la mayor parte de los médicos franceses sus medicaciones tienen algo de insólitas, porque los agentes de que aquel se vale son poco usados en Francia; pero en cambio aprendemos en sus lecciones la medicina de nuestros vecinos de allende el mar, medicina tan extraña para nosotros, como la nuestra lo es para ellos y llegamos á conocer los métodos más acreditados del Reino-Unido y los remedios á que nuestros compañeros de Inglaterra dan mayor preferencia”. ¿Y qué diremos nosotros que nos hallamos á centenares de leguas?

Pero no creais Sres. Profesores que tan dignamente nos habéis precedido, que al expresarme de este modo, trate de haceros inculpación alguna. Lejos de mí semejante idea. Injusticia habría de mi parte, si dudase siquiera que no habéis puesto de la vuestra todo el celo y actividad en el desempeño de vuestros deberes, consagrándoos con todo ardor al cultivo de vuestras inteligencias y dándonos lecciones útiles para lo porvenir.

Si dijera lo contrario tendríais razón para echarme á la cara vuestro trabajo, enseñándome hábiles y distinguidos médicos que empiezan su carrera profesional con lucidísimas dotes y que son, merced á vosotros, una esperanza risueña para la Patria.— ¡Sois vosotros, oh jóvenes compañeros!

El desear el perfeccionamiento no es inculparos, y si hoy nos encontramos reunidos, es tan sólo por ver de contribuir cada uno de nosotros á un fin más práctico y hacedero en virtud de que también contamos con medios para alcanzar más fácilmente el que nos proponemos.

Si mis aserciones no son erradas, no conozco un solo estudio de ninguna de las enfermedades del lugar, sin que sea la falta de aptitudes la que nos hace carecer de tan importante y necesario trabajo. La causa encuentro en la falta de solidaridad en nuestros actos médicos, y en que cada cual por su parte esteriliza su trabajo sin que queden comprobantes de tanta laboriosidad. No es el egoísmo, nó, el que nos obliga á semejante proceder, es el deseo laudable por cierto, de formar una obra maestra, sin contar siquiera con el apoyo de tantos, que unidos á la vez producirían un estudio bastante perfecto de cualquiera de las partes de la medicina á que consagraren sus trabajos. Y profundizando más, encuentro esta causa en que las multiplicadas atenciones de los médicos dividen tanto su trabajo, que es imposible consagrar su observación y el estudio á un solo objeto, porque entre nosotros las clientelas que se forman por la mayor ó menor simpatía á una persona, dados sus buenos antecedentes, pueden perderse de un momento á otro, sin más que haya una voz que se levante para declarar, que un médico no es competente para la curación y tratamiento de una enfermedad. Y si á esto se añade que el médico haciendo uso de un heroísmo de que no somos capaces, se declara incompetente para formar el diagnóstico INSTANTÁNEO y pide á la familia ó al paciente una tregua para meditar y observar, es calificado al momento no sólo de ignorante, sino, y lo que es peor, hasta de estúpido, ¿habrá quien se atreva á perder su reputación, su clientela y su porvenir por dejar de calificar y tratar una enfermedad por desconocida que le sea? De ahí la necesidad de hacer hospitales ambulantes, las clínicas particulares de cada médico. Y como para desempeñar cada cual su cometido, las horas restantes del ejercicio profesional, tiene que dedicarlas á las labores del estudio y las consultas de los libros, únicos maestros que le sirven de guía en tarea, tan ingrata llega el caso de no contar con un instante de tiempo para sus apuntes y observaciones particulares.

Si este modo de ser social no lo podemos evitar en manera alguna, tiene por una parte la ventaja de ir dando al médico un caudal inmenso de conocimientos prácticos y útiles, pero en cambio le impide casi siempre concentrar su atención hacia un

objeto único que bien perfeccionado y estudiado daría el resultado que trate de conseguir.

Imposible me parece que en el estado en que nos hallamos, tengamos especialistas en nada: encontrándose sí, por otra parte algunos médicos bastante eruditos y prácticos, capaces de abordar con éxito brillante casos difficilísimos en su desempeño profesional. Cada día se oyen repetir los encomios públicos hechos á vuestro acierto y pericia, y por lo mismo que tan buenos resultados alcanzáis, lástima es, que no sean conocidos de vuestros comprofesores el ingenio y laboriosidad con que, en los casos particulares de vuestro estudio, habeis aprovechado de las observaciones individuales y las aplicaciones prácticas con que habeis obtenido el coronamiento de un plan preconcebido y previsto de antemano.

Tampoco se me ocultan los inconvenientes y tropiezos con que tocaremos á cada paso, pero si todos nos unimos no habrá quien se atreva á ponernos dique, pues que lo que apeteecemos es justo, y á la perfección y al progreso nadie puede poner valla.

Pero cuál será el medio con que contemos, para empezar con provecho el fin que anhelamos? Es por demás sencillo: limitase únicamente á que cada uno de nosotros tome por tema de sus trabajos, una parte cualquiera de la medicina; que la medite, estudie, compruebe, analice y compare los resultados obtenidos en un día y otro día. Cuando el número de observaciones, sea suficiente para formar juicios comparativos, enseñemos á nuestros amigos de más confianza y experiencia, y si algunos de entre ellos se han dedicado al mismo estudio, vendrá no lo dudo, la reciprocidad. Y este número unido á otro mayor formará una cifra respetable, que nadie se atreverá á denigrar, porque llevará por sello nuestra observación concienzuda y razonada, fruto de nuestros desvelos. Lo que hagamos uno, dos ó tres en cada materia, lo harán otros en otra y de una manera, lenta sí, pero gradual llegaremos todos unidos á formar una medicina nacional, una clínica más bien dicho, en donde los alumnos que nos sigan, hallarán un trabajo formado, que les evitará cometer desaciertos en perjuicio del arte que desempeñen.

Y como la medicina es ciencia de observación, citaré textualmente las palabras de un sabio nada sospechoso y que sin duda alguna os será familiar.

“Es tal la naturaleza de la inteligencia humana, dice Graves, que su educación, en lo que se refiere á los conocimientos prácticos no puede ser sino gradual. Es facil hallar hombres dedicados al estudio de las matemáticas, ó de otras ciencias abstractas que pasan con rapidez á la categoría de maestros, y en poco tiempo dejan muy por detrás á los que les precedieron en la carrera; puede suceder esto mismo en la medicina teórica, pero de ningún modo en la práctica, pues ésta implica la observación de la naturaleza: además esta observación

“no puede hacerse bien sino con la ayuda del tiempo, y es vano que el que desee estudiar la marcha de los males, pretenda sustituir aquel elemento con su genio ó actividad personal. Cualesquiera que sean vuestras ocupaciones y los estudios á que os dediqueis, no olvideis que una parte del día y de todos los días, debe reservarse á la visita de los Hospitales... Un hospital bien establecido, tiene en sí cuantas condiciones para el estudio sean apetecibles, y sin embargo lo digo con pesar los adelantos del estudiante, rara vez están en relación con la riqueza de los recursos de que dispone.....Causa lástima á la verdad que se aproveche tan mal tanto celo y actividad: y digo esto porque se halla fuera de toda duda que la práctica de la medicina no se adquiere con oír decir. He aquí, porque no es infundado temor el creer que cada año, dé la Escuela de Medicina de Edimburgo, el título de doctores, á una porción de alumnos que ni aún siquiera se les ha mandado escribir una receta. Así que al concluir sus estudios podrá ser que esté bien instruido en las ciencias accesorias; talvez será un práctico completo, capaz de agrupar todas las enfermedades por clases y órdenes; poseerá á fondo las más difíciles doctrinas de la fisiología moderna; habrá oído y visto mucho, y si además es individuo de alguna sociedad médica habrá charlado también; pero al fin y á la postre cuando sea doctor, ¿qué será? *“Un práctico que jamás ha practicado”*.”

Estas aseveraciones hechas, por uno de los hombres más notables de este siglo, tiene para nosotros una amarga crítica respecto de la conducta que observamos antes y después de recibir el doctorado.

Como por convenio general, y como si fuera ley establecida á la que no se puede contrariar, damos el adiós postrero, ó despedida al hospital cuando somos aprobados en el último examen práctico general. Ahora bien, en cuanto á la asistencia á este establecimiento se me ocurre el siguiente dilema: ó nos consideramos, cuando dejamos de ser estudiantes, suficientemente capaces, para creer que la asistencia al hospital es inútil; ó siguiendo la corriente común, es el temor de singularizarnos lo que nos arredra. Si lo primero, perdonadme mi franqueza, no creo en la suficiencia de nadie recién recibida la investidura. Si lo segundo, tenemos el ánimo muy pequeño, y no contamos todavía con la suficiente fuerza de carácter, para sacudirnos del qué dirán, é ir adelante con nuestros propósitos.

De aquí el que yo deduzca que las amargas palabras del profesor Graves que os acabo de citar, tengan un carácter marcado de especialidad, respecto de nosotros que si necesitamos como nadie de la frecuencia de ver diversidad de casos, para la formación de nuestra clínica general, descuidamos por otra parte este medio de conseguirlo. Y si bien es verdad que á esto se opone, la costumbre inveterada en nosotros, de no mirar al hos-

pital como una fuente inagotable de instrucción y de saber, en algunos que ya no participan de este modo de pensar, puede ser obstáculo la extrañeza que quizá causaría á los jefes de sala, la presencia de otro médico, á quien podrían considerar como un estorbo, para la libre explicación á los estudiantes, ó como un observador impertinente, émulo de su instrucción y talvez de su destino. Pero dados los antecedentes de los actuales jefes de sala, en quienes no puedo suponer ni el más leve asomo de egoismo, indiscreción ó malevolencia, puedo asegurar que esta idea que á alguien se le ha ocurrido, no puede verificarse entre nosotros, ni hay el pequeño temor de que pueda suceder. Los jefes de sala, supuesto nuestro propósito, procederán con absoluta independencia, y en casos dados encontrarán, en los aspirantes á especialistas, observaciones sacadas de casos anteriores que servirán para el mejor acierto de la curación del paciente. Por lo expuesto veréis, que nuestra presencia en las salas del hospital, no puede tampoco ser un estorbo para sus respectivos jefes.

¿Sin la asistencia que yo juzgo necesaria, habríamos conocido siquiera, las obras de tantos y tantos ilustres profesores, á quienes el mundo científico ha saludado con el renombre de sabios? Graves, Trousseau, Petter, Verneuil, Tilleaux, Ricord, Hebra, Weker, Dujardin-Beaumetz y otros mil y mil, dónde si nó acumularon, ese caudal inmenso de conocimientos que nos asombra; dónde adquirieron el tino especial para el ejercicio de su profesión; donde la prudencia y certeza, para tratar los asuntos más difíciles y delicados; dónde discutieron con sabiduría asombrosa, las teorías más controvertidas y opuestas, cediendo la victoria del saber á sus compañeros, y alguna vez á sus distinguidos discípulos, como lo hizo el inmortal Ricord con su predilecto discípulo, Fournier, alcanzando de este modo el mayor de los engrandecimientos, cual es el de reconocer la superioridad en otros, por puro amor á la ciencia; dónde, sino en las salas de los hospitales? De aquí el que yo deduzca que la imperfección de nuestros estudios debamos en gran parte, á nuestra desidia, á nuestro egoísmo, á nuestra presunción y, porque no decirlo?, á nuestro orgullo.

Estudiamos sobre bases hipotéticas que insensiblemente nos arrastran á las consecuencias prácticas que tienen que ser más ó menos desmentidas según sea, la mayor ó menor afición á la teoría que elijamos como verdadera; y cómo llegaremos á convencernos de la verdad de nuestras hipótesis sino por la observación? Y en donde tenemos que ejercitar esta actividad sino es en los hospitales ó en las clínicas particulares? Hacemos indudablemente nuestras aplicaciones, por lo que hemos visto hacer, ó aquello que después de un estudio detenido, vemos que también lo hacen en puntos infinitamente más adelantados que nosotros, considerando como maestros á los libros que cada cual tiene para su estudio. El número de nuestros buenos sucesos

nos anima quizá á emplear más bien tal ó cual tratamiento, y no obstante los elogios hechos á un remedio cualquiera, preferimos el que mejores éxitos nos ha dado: á pesar de que muchas veces el más elogiado, no da en nuestras manos los pomposos resultados que se decían. ¿Y de qué depende que no veamos confirmadas las experiencias hechas por hombres competentes en la materia? ¿no dependerá sin duda, de que nosotros no somos franceses, alemanes, é ingleses, y que nuestras constituciones, costumbres, higiene, hábitos, etc., modifican el curso de nuestros males de una manera distinta. que en Francia, Alemania é Inglaterra? “Quién es el médico dice Trousseau, que dada una “enfermedad calcule el éxito y el tratamiento, con una precisión geométrica y una identidad matemática? Nada habría “que hacer para la posteridad si cada año los encargados de cuidar la salud pública, pudieran dar un balance exacto y someter con orgullo sus inflexibles resultados al inflexible examen “de un tribunal de cuentas médicas”, según la gráfica expresión del mismo. “¡Por favor, Señores, un poco menos de ciencia “y un poco más de arte”!

“La clínica, dice Claudio Bernard, debe necesariamente “constituir la base de la medicina. El objeto de los estudios “del médico es el enfermo, y es la clínica la que le da el conocimiento. La Fisiología no interviene después sino como ciencia explicativa que nos hace comprender lo que hemos observado; porque la ciencia no es en realidad sino la explicación “de los fenómenos”.

Pero para que nosotros lleguemos á la explicación de estos fenómenos, es preciso, ir desembarazándonos de las trabas escolásticas, así como las observaciones vayan desarrollando delante de nuestra vista, un conjunto de hechos que nos obligarán ir viendo á la medicina de una manera que nos sea enteramente personal, comprobando por otra parte las conclusiones á que han llegado los que nos han servido de maestros. Y esta manera de rectificar nuestros juicios, tiene doble ventaja, la del trabajo personal y la de la independencia.

No creo tampoco que todo se halle escrito, y más me inclino á creer que todavía es mayor el número de casos que no se saben que aquellos que están conocidas. Y suponiendo además, que todo estuviere escrito, ¿acaso el recomendar todo ésto á la memoria es ser práctico? Me contentaré más bien con citar el modo de pensar, de sabios nada sospechosos, que poner en esta materia caudal propio, siendo como no soy otra cosa que aprendiz.

Habla el mismo señor Trousseau. “Es necesario convenir Señores, en que si nosotros que hemos envejecido en la “práctica de los hospitales y de la ciudad, experimentamos tan “grande embarazo, para conocer la marcha natural de las enfermedades. ¡Cuánto más grande será el vuestro!. ¡Y “quién no ve que para llegar á este punto, se necesita una aten-

“ción cotidiana, un gran amor á la verdad, un gran desinterés y que estas son condiciones no comunes! Por el cariño que teneis á un maestro, á quien habeis oído largo tiempo, puede ser que le creais demasiado: y al decir esto hago cuanto puedo por enseñaros lo que creo verdadero. Muchos de vosotros, por un sentimiento de deferencia muy natural y por el que os agradezco, jurarían sobre mi palabra; pero yo os conjuro, á que no dejéis de buscar otras enseñanzas. No hay año en que no deba á algunos jóvenes activos y celosos, el aprender cosas que ignoraba, el reparar en errores que enseñaba hacía mucho tiempo; y esta no es para mí la menor recompensa, por los esfuerzos que hago por serles útil y del cariño que les profeso”.

Qué hermosas, pero qué desconsoladoras palabras. ¡Tener la confianza en sí mismos, haber envejecido en las prácticas civiles y hospitalarias, y encontrar dificultades inmensas para seguir el curso de las enfermedades! ¡Qué hermosa confesión para nosotros! Razón de exclamar ¡Cuánto más grande será el vuestro!

Y qué diremos los que no nos encontramos con métodos de enseñanzas sobresalientes y en donde el trabajo individual ayudado y cooperado por tan grandes sabios es más difícil y menos hacedero? Por lo mismo que es difícil el conseguirlo, mayor debe ser nuestro estímulo por realizarlo.

Si García Moreno hubiera encontrado hecho, todo lo que con él se acabó no sería el mayor y el mejor de los ecuatorianos; pero desgraciadamente “se apagó el Sol en la mitad de su carrera”... “Huyó la luz”... y apenas han quedado los resplandores...

Sí, después de algún tiempo de haber trabajado cada cual en lo que voluntariamente ha elegido tendremos no lo dudeis mayor número de conocimientos é insensiblemente vendrá el público en busca de nuestros servicios. Lo que sucede en un ramo tendrá que suceder con otros, y de una manera lenta y gradual, llegaremos á tener especialistas, que es á donde tienden todas las naciones avanzadas y que cuentan en su seno bastantes individuos hábiles y distinguidos, que conocen de una manera clara y precisa, que la singularización en una materia, es el único medio para el provecho general y si quereis también para el individual.

Generalmente se habla entre nosotros de que no hay estímulos ni porvenir para los jóvenes. ¿Qué mayor estímulo, que el ser sobresaliente en la serie de enfermedades, que tan diversamente ataca á un aparato? ¿Qué mejor porvenir que la confianza del público hacia vosotros? ¿Qué mayor recompensa que el que la posteridad juzgue de vuestros actos, como los de hombres competentes y aprenda en vuestras lecciones lo que el fruto de vuestros desvelos les pone tan de manifiesto, para seguir y continuar aquello de que vosotros sois iniciadores? ¿Queréis más gloria, más porvenir, más recompensa?

Para manifestaros por último, que en medicina no se puede

conseguir el verdadero saber, sino con la formación de especialistas, me permitiré citaros pocas palabras de los discursos del sabio y malogrado profesor Stæber, y del Sr. Giraldes. Especialista el primero; sabio enciclopedista el segundo.

“Para practicar una parte cualquiera de nuestro arte, salvo el arte dentario, es necesario haber recibido una educación médica completa, y haber sufrido pruebas constantemente.

“Sin embargo en la práctica se ven todos los días especialistas; unos son oculistas, otros se ocupan de las enfermedades del oído, los hay que se dedican al tratamiento de las vías urinarias, ó al de las enfermedades de la laringe.

“Contra el ejercicio de estas especialidades se levantan ciertos médicos y sobre todo ciertos cirujanos. Pretender como ellos dicen que se debe ser ENCICLOPEDISTA equivale á decir: que se deben conocer igualmente todas las partes de la medicina. Esto es pedir lo imposible.

“Las ciencias médicas han adquirido un desarrollo tal, que ningún médico puede estar al corriente de todas las ramas. Descuida forzosamente cierto número; abandona algunas cuando ejerce en una gran ciudad. Los médicos de partido, son los que por necesidad ejercen todo nuestro arte, muchas veces, es verdad, en detrimento de los enfermos.

“¿No es lógico que un médico que ve por cientos enfermedades que otros observan sólo de tarde en tarde, adquiera una gran experiencia en su tratamiento? El público no se engaña en este punto; va hacia aquel que sabe se ocupa de tal ó cual afección.

“Y no solamente no va el público no médico hacia las especialidades, sino que hemos visto cirujanos célebres, muy opuestos á los especialistas, dirigirse á Civiale y á Leroy d'Étoilles cuando han tenido cálculos en la vejiga.

“Si las operaciones de catarata se distribuyeran entre todos los médicos, ninguno practicaría más de una cada dos años y ninguno sobresaldría”.

“La medicina toma tan gran desarrollo en el día, digamos ahora con Giraldes, que parece imposible que un sólo hombre, pueda abrazarla por entero. Cualquiera que sea su instrucción y la extensión de sus conocimientos prácticos, reconocerá por precisión que en ciertas secciones no tiene competencia. Por lo demás, esta necesidad de estudiar de una manera especial ciertos ramos de los conocimientos médicos, se nos revela por la historia de nuestra ciencia. Los Laenec, Rostan, Bouillaud, Cruveilhier, Guersaut, etc., son ejemplos que demuestran la verdad de nuestra aserción.

“La oftalmología no puede enseñarse en una sala especial de cirugía, porque exige una apropiación especial, aparatos de iluminación, de medida y sobre todo una colección de enfermos que es difícil reunir, en una sala de Cirujía, y además un

“examen particular minucioso, que no puede hacerse en una
“visita general de hospital. Oireis sin duda en las clínicas
“oficiales, lecciones interesantes, sobre oftalmología, sífilis, etc.
“pero estas lecciones representan solamente casos aislados, no
“demuestran la serie completa de fases morbosos, ni constitu-
“yen en una palabra sino eslabones aislados, insuficientes para
“iniciaros de una manera conveniente en el conocimiento de la
“oftalmología ó de la sífilis. Para estudiar bien una enferme-
“dad es preciso una colección de ejemplos que permitan ver la
“máxima y la mínima de esta enfermedad, y seguir los estados
“diversos sobre los que puede presentarse desde su origen has-
“ta su terminación. Pues bien, semejantes agrupaciones sólo
“se realizan en clínicas especiales”.

Lo que acabais de oír viene en apoyo de mi tesis que es: la necesidad de ir escogiendo cada cual una parte ó un ramo, á que dediqueis toda vuestra atención, y sin las pretensiones de ser especialistas, habremos dado el primer paso. Las cosas no pueden hacerse de golpe, y es necesario que sobre bases seguras, venga de suyo lo más alto del perfeccionamiento. No me cansaré de repetiros, otros aprovecharán nuestro trabajo, no nos queda á nosotros sino la gloria de haberlo iniciado.

Nuestro estudio estaría aun incompleto, si á la observación clínica, no ayudaseis de una manera eficaz con la terapéutica también nacional. Es indudable que entre nosotros existen aun por estudiarse infinidad de plantas que ni aun siquiera los nombres conocemos. Procuremos ir comprobando aquellas que tienen una tradición más ó menos conocida. En efecto: nuestros campos y bosques abundan en crecidísimo número de plantas, de las que casi no tenemos noticia, y de las que aun cuando las conozcamos ignoramos por completo el modo de prepararlas y beneficiarlas; y, Señores, triste es decirlo, lo que ha llegado á nuestro conocimiento y utilidad, no ha sido debido á esfuerzo nuestro, sino de los extranjeros científicos que han venido á visitarnos. De otro lado mirad como esas mismas plantas, han llegado á ser entre el vulgo objeto de maravilla hasta lo ridículo despertando ideas de superchería que debemos destruir aprovechándonos sí de la bondad que en sí encierra en pro de ese vulgo á quien debemos ilustrar. Sinembargo, si fijamos la atención y consideramos el porqué de esa misteriosa admiración por ciertas plantas, echaremos de ver que algo debe existir para arrastrar la popular creencia; y eso precisamente es lo que tenemos que investigar, pues descubiertas las afinidades más ó menos próximas de las plantas entre sí y entre las familias á que pertenecen, conocidas sus virtudes y encontrado ese venero de riquezas científicas habremos ofrecido á la humanidad doliente, nuevos manantiales de consuelo y esperanza, y habremos conseguido dar á la ciencia tan notable impulso que obliguemos á los sabios científicos á volver sus miradas á nuestras regiones, y á convertir

nuestro suelo en teatro de provechosas y atrevidas experiencias.

“Cuando el ciego de Ginebra hacía sus maravillosas investigaciones sobre las costumbres de las avejas, se valía de los ojos de los más vulgares aldeanos cuya atención dirigía, y los aldeanos más vulgares, instrumentos materiales de su inteligencia, le bastaban para la consignación del hecho, para la adquisición de la noción bruta..... Huberto de Ginebra no veía, pero comprendió; la naturaleza le negó instrumentos pero el se los proporcionó, como Galileo se proporcionó un telescopio. Fecundó las nociones brutas y no inteligentes de aquellos de quienes se había servido, y trazó con admirable sagacidad, el cuadro de las curiosas costumbres de tan preciosos insectos: costumbres que apenas se habían vislumbrado hasta entonces”. Un ciego había descubierto.

Seamos, por ahora, los aldeanos del ciego de Ginebra, consignemos los hechos y las nociones, y cuando la inteligencia de otros encuentren las relaciones y las afinidades entonces, y solo entonces podremos vanagloriarnos, de que nuestras conquistas empezadas de una manera empírica, están fecundadas por la ciencia y hallan su colocación al lado de aquellos agentes que les disputaban su exclusivismo.

No se me negará tampoco que si llegamos á encontrar algunos sucedáneos de la materia médica extranjera, habremos mejorado en algo nuestro modo de ser económico. La habilidad en el manejo de estas cosas comunes nos facilitarán inmensamente en nuestra práctica civil, donde la clase trabajadora y pobre, rara vez ocurre á los médicos, porque la visita de éstos requiere y exige sacrificios por parte del paciente, que es casi imposible que los realice.

No estoy seguro pero creo que las más de las veces, llega á tener un fin funesto el mal entre los pobres, sin más que el haber carecido de lo necesario al principio, siendo talvez insignificante su manera de principiar.

Cuando recibís una consulta gratis casi es seguro que después de entregada la receta y hechas las indicaciones se os pregunte ¿cuánto valdrá ó importará ésto? y si el paciente no tiene para comprarla, talvez no vuelva á visitaros. De este modo perdemos una fuente grandísima de observación, y podemos apreciar falsamente, hechos cuyas relaciones no pueden encontrarse sin forzar demasiado las cosas, es decir sin seguir su curso natural.

Yo creo además que si nuestra terapéutica está al alcance de todos, se nos proporcionará más fácilmente trabajo, nos haremos más familiares á esas ídoles peculiares del pueblo, y sin esfuerzo ninguno, llegaremos á persuadirles de que sus malos hábitos, higiene, &c., son las causas de sus males.

Una vez hechos populares, dominaremos más fácilmente en las masas, y sus costumbres, su aseo, irán no lo dudo ganando inmenso terreno en ese caudal á donde afluyen todas las corrien-

tes de higiene privada para producir la higiene pública, que de un modo ó de otro redundan tan directamente en el bien general de los asociados. Y si no hiciéramos más que esto, ¿cuánto bien y cuánto impulso habremos dado?

Será necesario todavía, que lo que tan abundantemente tenemos, sea en manos extranjeras armas con las que exploten nuestra ignorancia y aflijan más nuestra situación pecuniaria?

No hagamos que los mercenarios digan de nosotros: "No hay espacio para tí en el hogar de las ciencias".

"Lejos de alarmarme estas investigaciones, diré con Agustín Cauchy, yo las procuraré sin cesar, las alentaré con todas mis fuerzas, con todos mis votos. Solamente os pido que lleveis en la investigación de la verdad, este candor, esta buena fe que allanan los caminos para llegar á ella misma. Estamos en una época extraordinaria en que una actividad sin cesar devora todos los espíritus. El hombre ha medido los cielos y las profundidades del abismo; ha consultado la ruina de los viejos monumentos y les ha pedido que le contasen la historia de las generaciones que duermen enterradas en el polvo del sepulcro, ha visitado la cima de los montes más inaccesibles, las regiones más apartadas, los desiertos más ardorosos en que reinan los fuegos del trópico y las áridas rocas que rodean los hielos de los polos; se ha remontado á las regiones de las tempestades y descendido á las entrañas de la tierra, á fin de asistir si era dado á las creaciones de nuestro planeta; ha descompuesto los antiguos elementos y los ha hecho servir á sus necesidades; ha obligado al vapor y al gaz á que conduzcan sus buques por las llanuras del Oceano y que transportara sus globos por los aires". Y en medio de este movimiento general ¿seremos nosotros los únicos que no tomemos parte en el concurso?

"Quién no ha visto por el camino á un ciego? Las más de las veces es llevado de la mano por un niño ó guiado por un perro compañero fiel de su infortunio. A veces no tiene por guía más que su palo, con el que golpea continuamente el borde de la acera para adquirir la certeza de que sigue la línea rigurosamente paralela y segura. Mas qué diríais vosotros si en medio de una plaza pública, alguno bajo el pretexto de hacerle un beneficio, toma del platillo del ciego la moneda pequeña, con toda la sangre fría, y la sustituye con una moneda de cobre, cuya presencia estaba lejos de sospechar el ciego y que para su miseria hubiera sido un gran consuelo?

El ciego es la clínica entre nosotros, envuelta en sus profundas tinieblas, va tanteando, siempre fácil de extraviarse y caer en las aberraciones más lamentables. La observación es para ella, no sólo el bastón, sino también el perro fiel, la guía, el niño que la conduce al término de su viaje y á la porción de la herencia más deseada. Separar al ciego de su guía indispensable, es abandonarla á sí misma, á sus tinieblas, á sus pasiones,

á sus vicios, á sus debilidades y empujarla al abismo de su incapacidad y corrupción. Quitar del platillo del ciego la moneda de plata y sustituirla por una de cobre, es suplir la hipótesis por la observación, hacer que aquella la deslumbre un momento, pero para hundirla en más espesas tinieblas y precipitarla en errores que no hubiera conocido, si hubiese marchado sola por su camino.

¡No cometais el robo abominable del platillo del ciego!

Cuando Laplace buscaba la manera de la formación del mundo, no encontró en su principio sino la inmensa nebulosa que se ha condensado poco á poco, produciendo por esta misma condensación el calor y la luz solar, al mismo tiempo que las zonas anulares que escapándose de ella sucesivamente, iban dando nacimiento á los planetas Neptuno, Júpiter con sus satélites, los asteroides, Marte la Tierra y la Luna, Venus, Mercurio, la materia cósmica.

Inmediatamente después del caos, y cuando llegó el momento de hacerlo cesar organizándolo, la Sagrada Escritura hace intervenir la luz. “Hágase la luz dice, y la luz fué hecha”. Antes de la aparición de la luz; sólo el caos tenía razón de ser; la disgregación de los elementos, palabra enteramente moderna, les mantenía lejanos entre sí; y por lo tanto toda agregación, toda combinación y toda organización hacíase de todo punto imposible. Empero la luz surge, el éter hállase en posesión de su elasticidad indefinida, la gravitación universal comienza á funcionar; élla pone bien pronto en juego todas las afinidades: los elementos disgregados se unen y se condensan.

Estamos Sres. en estado de nebulosa, es necesario que todos nosotros hagamos un esfuerzo y procuremos que la luz se haga. para atraernos mutuamente, buscando nuestras más íntimas afinidades, y bajo el impulso de nuestras atracciones empezaremos á girar, hasta que mejor formados y organizados, nazcan de nuestra nebulosa soles y astros, que difundirán sus rayos á distancias infinitas, esparciendo raudales de intensísima luz donde antes el éter solo había penetrado.

Y como somos hechos á imagen y semejanza de Dios, veremos que nuestra obra es buena y descansaremos.

Al presente no podemos hacer otra cosa, que preparar el campo para la generación que tras nosotros viene, la que, fortificada con vuestras enseñanzas, aleccionada por vuestro ejemplo, enaltecida por el amor á la ciencia que vosotros sabreis inspirarle, dará inteligencias poderosas que hagan de la medicina una ciencia patria y exclusiva en cierto modo, pero ciencia que en gran parte á vosotros será debida. No lo veréis, vosotros, Señores, pero vuestros hijos bendecirán vuestra obra y la Patria escribirá vuestros nombres entre los de sus hijos esclaricidos.

HE DICHO.